

PEDRO PÉREZ PUCHAL

## LA CASA POPULAR DE PEÑÍSCOLA (CASTELLÓN)

La casa con terrado, característica de Peñíscola, resulta excepcional en la región valenciana, donde domina la cubierta a dos vertientes con teja curva y poca inclinación, excepción hecha de la barraca de la huerta, con su cañizo y empinada pendiente. Sólo en el sur, en Elche y Orihuela, vuelve a encontrarse el terrado como forma normal, prolongando el tipo común en parte del sureste español.

DANTÍN y TORMO señalaron el fenómeno en Peñíscola (p. 32); TORRES BALBÁS, en su excelente y conocido estudio (pp. 464-8), la menciona al describir esta clase de vivienda en Almería y Las Alpujarras; DEFFONTAINES, con más rigor geográfico, localiza el terrado como ordinario en la Plana de Vinaroz (en cuyo extremo meridional está Peñíscola), encontrándose también más al interior y al norte hasta San Mateo y Ulldecona (p. 205). LÓPEZ GÓMEZ (pp. 325 y 362) describe sumaria, pero exactamente, el tipo y destaca lo extraño de este enclave, que en el interior se prolonga hasta Traiguera y San Mateo.

Como avance de un estudio más extenso de este tipo de casa con terrado en la región valenciana, ofrezco aquí los resultados de una investigación puramente local, el de la casa de Peñíscola, análoga a la antigua y popular en todo el Llano de Vinaroz y Benicarló y zonas aledañas, pero con una particularidad: la de que es en Peñíscola donde se conservan en mayor cantidad y con mayor integridad y antigüedad. En Vinaroz y Benicarló ya no están en mayoría dentro del recinto urbano y disminuyen visiblemente en el campo, mientras que en Peñíscola lo raro y excepcional en edificios no monumentales es aún —¿por mucho tiempo?— el tejado a dos aguas.

Y es que en aquellos pueblos la demografía es más vivaz, la agricultura de regadío más extensa, los puertos pesqueros más activos, las comunicaciones más directas e incluso hay una industria (química, textil, conservas) de

cierto relieve, todo lo cual se manifiesta en una economía más desarrollada y una capacidad inversora en la construcción, que ha cambiado el panorama urbano e incluso el rural en el sentido moderno y uniformador de la vivienda.

Peñíscola comprende un amplio término municipal, en el que confluyen la parte septentrional de la Sierra de Irta y el extremo meridional de la Plana de Vinaroz y Benicarló. La Sierra es un conjunto de pliegues de calizas cretácicas en bancos potentes que dan origen a canteras, explotadas desde antiguo; uno de sus últimos relieves es el peñón unido a tierra por un tombolo o lengua arenosa y sobre el cual se asienta el poblado. El llano, ondulado hacia el interior, se aplanan en la parte costera, donde el manto freático es fácilmente alcanzable y da lugar a gran número de norias, llamadas aquí *sénies* (cenias), y a pozos con motor de elevación, que riegan, unos y otras, más de 700 hectáreas de terreno.

Las actividades económicas son la agricultura y la pesca; sólo recientemente se ha desarrollado la turística. La carencia de industria y lo nuevo del turismo, por otra parte actividad estacional, ha mantenido una demografía lánguida que da una población idéntica hoy en número a la de hace cien años.

Esta población, de 2.530 almas en 1960, vive apretadamente en la ciudad, situada en la conjunción del llano con la Sierra y sobre el peñasco que emerge del mar. Ciudad amurallada sobre un cerro y coronada por un castillo medieval, sus casas y calles están sometidas a la servidumbre de este tipo de ciudades, la falta de espacio. Calles estrechas, sinuosas, empinadas, con tramos escalonados, pequeñez y escaso número de plazas, fachadas estrechas, casas desarrolladas en altura, son los rasgos más característicos. Desde hace pocos años, con la llegada de grandes masas de veraneantes, el caserío ha desbordado las murallas y se han levantado edificios de tipo moderno. Pero la ciudad intramuros, núcleo y cabeza todavía de la vida peñíscolana, queda como un museo viviente en el que se puede estudiar la vivienda tradicional.

#### LA VIVIENDA POPULAR

Se distinguen dos tipos: la casa del pueblo y la *casa de camp* o pequeña alquería que se extiende principalmente por la zona de regadío, aunque también haya algunas esparcidas por el secano. Incluso cabría distinguir, en las del pueblo, las de labrador y las de pescador, caracterizadas éstas por carecer de establo y utilizar redes como cortinas en los huecos. Pero como este uso está generalizado hasta en el campo y son pocas las familias que sean exclusivamente labradoras o pescadoras, basta dejar constancia de ello, pues en lo demás ninguna diferencia hay.

*Rasgos comunes a todos los tipos.*—Son los materiales de construcción, la techumbre en terrado y el volumen prismático, aristado y en líneas rectas de la construcción, así como el encalado de fachadas y paredes.

El material empleado es la piedra para los muros, la madera para vigas y el llamado *trespol* para la cubierta.

La primera es la caliza, suministrada abundantemente por las canteras de la Sierra de Irta, una de las cuales se halla inmediata al tombolo. La piedra, de color ocráceo, se labra toscamente en bloques aplanados, pero de medidas irregulares, intercalando a veces bloques grandes y más toscos; sólo los que han de servir de esquina o de jambas se escuadran y labran con más esmero. La piedra va unida con mortero de cal viva, que aquí llaman *calç grassa* por el aspecto aceitoso que toma al añadirle agua. Suministra la cal la piedra caliza de la Sierra, y la arena las playas inmediatas. No había hornos de cal fijos, pero de vez en cuando algún calero instalaba uno y fabricaba cal hasta satisfacer las necesidades del pueblo. Las ordenanzas municipales de 1802 (ord. 48) prescribían que “el que hiciere horno de cal deberá pregonarlo para que sepan los vecinos que todo el que necesite de cal (*sic*) acuda a dicho hornero dentro el término (*sic*) de tres días para evitar de este modo las disputas que suele haber al tiempo de la venta”. Actualmente, con los transportes modernos, no existen dificultades de suministro.

No faltan, sin embargo, en las casas de campo, los muros de piedra seca, es decir, dispuesta hábilmente para que queden unidas por gravedad y sin argamasa.

La madera es la de pino. En cuanto al *trespol*, con el que se construyen los terrados, consiste en una mezcla de grava, de la que tan pródigos son los barrancos y la playa norte, con mortero de cal *grassa*.

Los muros se construyen muy gruesos; a ello obliga la tosquedad del aparejo, la necesidad de sostener un elemento tan pesado como es el terrado y la conveniencia de aislar lo más posible el interior de las temperaturas del exterior, creando un abrigo en invierno y una cámara fresca en los días de viento cálido del verano. La anchura de las paredes maestras suele ser de 30 centímetros o más. Los tabiques interiores son de la misma obra, pero más delgados. Sobre los paramentos no suele haber revoque y se suple con capas sucesivas de lechada de cal.

Los terrados se tienden apoyando sobre los muros maestros varios cabrios (*cabirons*) de madera, separados por espacios de hasta medio metro, y sobre ellos se colocan tablas de unos dos centímetros de grueso; encima de este tablado se disponía el *trespol* en una capa con un mínimo espesor de doce centímetros, frecuentemente más, y se apisonaba y alisaba con una pieza plana de madera provista de asa en una de sus caras, llamada *remolinador*.

Los paramentos ascienden por encima de la azotea resultante, constituyendo un antepecho, de manera que los edificios carecen de aleros, ni hay saledizo alguno de las techumbres. El desagüe se hace hoy por canalones que descienden desde el terrado pegados a la pared.

El volumen prismático o paralelepípedo es otra característica común. Hasta las chimeneas, que sobresalen poco de la terraza, tienen forma prismática o a veces troncopiramidal. El dominio exclusivo del plano recto, sin voladizos, sólo ha sido roto modernamente con la apertura en muchas casas de un balcón en el primer piso, con barandilla de barrotes de hierro. Predomina, no obstante, la ventana de hueco rectangular, más alta que ancha.

*La casa del pueblo.*—Se refiere este trabajo a la del interior de las murallas, excluyendo las levantadas modernamente extramuros e incluso algunas del interior, en todo semejantes a las que han brotado por la costa mediterránea en los últimos años, habiendo perdido el carácter de elemento de trabajo propio de la vivienda rural. En estas casas modernas, los materiales son los suministrados por la industria: hierro, cemento, ladrillo e incluso en algunas la teja, dispuesta en cubierta a dos vertientes.

La que aquí estudiamos se trata del tipo de casa que, en la clasificación de DEMANGEON (pp. 148-153), se denomina casa-bloque de pisos. Son paralelepípedos con las caras menores como base y cubierta, respectivamente, divididos en altura en dos o tres pisos, de muros gruesos de mampostería y coronados por una azotea plana.

La fachada es estrecha generalmente, como sucede en las ciudades de antigua función militar, comprimidas por el cinturón de fortificaciones. Pocas veces la fachada supera los diez metros de anchura, y las hay hasta de 2'50 metros. Los elementos se desarrollan, por tanto, en profundidad y con una sola crujía, dividida en compartimientos comunicados. El portal nunca es grande, como no lo son los huecos, generalmente ventanas, una por cada piso, muchas veces sustituidos modernamente por balcón. Las jambas de la puerta son de piedra escuadrada y el dintel de piedra o viga de madera; en algunas casas el portal es de arco de medio punto, única curva que ofrece en ellas la fachada. Las ventanas son rectilíneas y colocadas allá donde se ha creído necesario desde el interior, sin consideración a la simetría o armonía de las fachadas. Normalmente no hay más ventanas que las de la fachada principal, salvo que la casa forme esquina y tenga dos a la calle, pero la luz brillante del sol ilumina los interiores, pese a la pequeñez de los huecos; la parte más profunda de la casa queda en penumbra, a menos que haya algún ventanillo en el muro posterior. Probablemente, la penumbra fue buscada intencionadamente para luchar contra las moscas, que antaño fueron verdadera plaga.

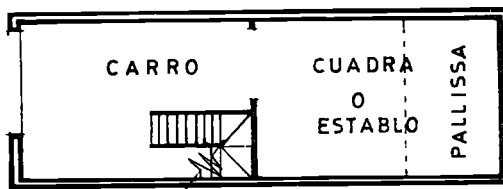
La puerta es de madera con herrajes en goznes y clavos de adorno. Generalmente son de dos hojas desiguales; la pequeña, que no se abre más

que para dar salida o entrada al carro, a veces provista de gatera o agujero circular en la parte inferior; la hoja mayor, dividida en dos: la superior, que puede abrirse independientemente y sirve para dar luz o comunicarse con el exterior, provista de una anilla para poder ser abierta desde fuera, y la inferior, de mayor tamaño, para dar paso a las personas (lám. II).

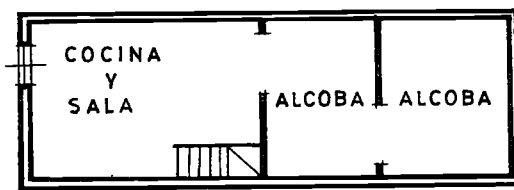
El arco de piedra puede darse no sólo en los portales, sino también en los interiores como elemento de sostén; en este caso cargan sobre las paredes medianeras, más robustas.

Las fachadas están enjalbegadas y resplandecen de blancura al sol. Los vanos de puertas y ventanas se pintan unas veces de azul, otras de verde, y parece que haya acuerdo entre los vecinos para hacerlo del mismo color.

El plano de la casa es el resultado de una lucha contra el espacio reducido. La forma más usual es la de un rectángulo muy alargado con el lado menor en la fachada; son muy corrientes las dimensiones de tres por diez metros, aunque, naturalmente, hay muchas variantes (fig. 1.<sup>a</sup>).



PLANTA BAJA



PRIMER PISO

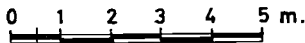


Fig. 1.—Plano de la casa de pueblo.

La planta baja está dedicada, en términos generales, a las necesidades profesionales de la labranza; en la parte delantera se guarda el carro, atalajes y aperos, y en la parte posterior se halla el establo o cuadra; en él, apoyado en la pared y construido también de mampostería, está el pesebre o *minjadora*, y, en un rincón, el retrete, con un tabique y cortina para aislarse; las deyecciones iban a mezclarse con el estiércol, pero hoy, con la instalación de agua corriente, existe desagüe al alcantarillado. En el

fondo del establo hay un altillo sobre viguerío de madera llamado *pallissa*, por depositarse allí la paja de los cereales y sobre la cual dormían los hijos varones.

Para ahorrar espacio, la caja de la escalera es pequeña; los peldaños suelen tener 0'60 metros de anchura, 0'25 metros de huella y otro tanto de contrahuella, es decir, que son escalones estrechos y altos. Está dispuesta en dos tramos de sentido inverso.

En el primer piso y sucesivos, si los hay, se encuentra el alojamiento. La habitación exterior sirve de cocina y sala. La cocina propiamente dicha se limita por lo general a un hogar de mampostería con un fogón bajo chimenea de campana que sobresale poco; la chimenea se halla en parte vaciada o excavada en el muro para no ocupar tanto sitio, y la campana suele estar parcamente decorada con cerámica de Onda o de Alcora.

La parte del fondo está distribuida en dos alcobas: una para los padres y niños pequeños y otra para las hijas. Las casas que tienen una tercera planta la distribuyen de manera análoga.

Encima se halla el terrado o azotea bordeado de antepecho, y, sobre la caja de la escalera, un cobertizo cuadrangular cerrado, adosado a uno de los lados y con abertura a la terraza, de techo igualmente plano. Este cobertizo, que da acceso desde la escalera a la azotea, se denomina *perxe* (porche). En el terrado están las gallinas y demás averío, así como las jaulas para los conejos domésticos. Sirve también para extender las cosechas de maíz, oliva, etc., la cual se recoge en el *perxe* los días que amenaza lluvia; este uso de la azotea está en regresión.

Este es el tipo ordinario. Hay variedades, generalmente debidas al tamaño. Hay casas pequeñas donde el establo ocupa todo el bajo y casas con más desahogo, de familias acomodadas, donde la vivienda evoluciona hacia el tipo urbano y va perdiendo el carácter de lugar de trabajo. Las reparaciones y construcciones modernas van modificando el aspecto con la introducción del ladrillo, el techo inclinado e incluso a dos aguas. Pero incluso en las construcciones nuevas y claramente evolucionadas la tradición y la falta de espacio sigue imponiendo muchos aspectos, como la distribución de elementos, la escalera estrecha de peldaño alto, etc.

*La casa de camp.*—Multitud de ellas salpican la zona de regadío y hasta hay algunas muy esparcidas por el secano. Este tipo de alquería que se va a describir, en tanto que alojamiento, está a punto de desaparecer. Apenas hay alguna familia que la utilice como vivienda todo el año; muchas sólo viven en ella durante el verano; todas mantienen su función de lugar de trabajo. Los labradores se desplazan desde su vivienda en el pueblo hasta el campo, comen allí y vuelven al atardecer a sus casas, o, en las épocas de mayor trabajo, duermen en la alquería si acaso está lejana del pueblo. Antaño, sin embargo, es evidente que sirvieron de alojamiento permanente.

La *caseta de camp* es una adaptación de la casa del interior del pueblo al espacio abierto y responde a la poca importancia que en general tienen las explotaciones agrícolas: una noria no puede regar grandes espacios y las cosechas no precisan de grandes locales. Responde también al clima, que permite realizar al aire libre gran parte de las funciones domésticas y los trabajos agrícolas que en otros climas se hacen en el interior de las casas.

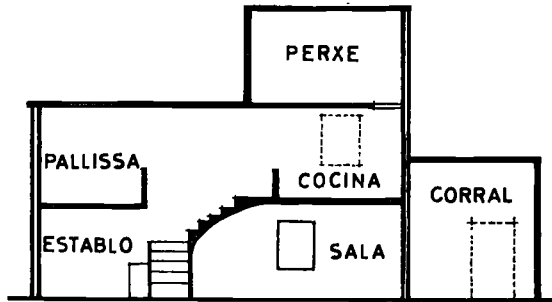
Aunque con distintas variantes de transición, pueden distinguirse dos subtipos, a los que, siguiendo la terminología ya clásica de DEMANGEON, denominaremos casa-bloque de pisos y casa-bloque elemental.

La primera es simplemente la del interior del pueblo, sólo que la libertad de espacio permite una planta casi cuadrada o en rectángulo corto. La planta baja tiene el establo y una habitación para guardar aperos y realizar trabajos, y el primero y único piso contiene la cocina y alcobas. La misma economía de huecos, con dos y a veces tres muros lisos, y una ventana pequeña en cada planta, a veces con otra en el muro posterior, más pequeña todavía. En algunas tiene una abertura estrecha y alta al exterior para poder descargar directamente el carro. El balcón apenas existe; abundan las cortinas de red de pescador. Sobre el terrado, un *perxe*, utilizado sobre todo para guardar cosechas (lám. IV, fig. 1.<sup>a</sup>).

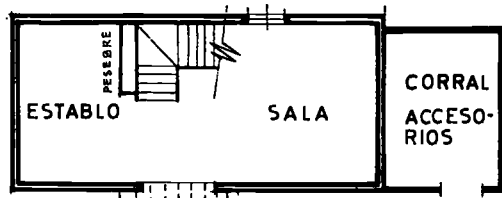
La casa elemental es un paralelepípedo con una de las caras mayores como base, y, sobre el terrado, un *perxe* a modo de torrecilla lateral, a veces sin él. Responde al tipo más humilde de casa y es muy abundante. Una ventanilla en la fachada principal, a veces otra en la posterior, proveen de luz y aire junto con la puerta. Es frecuente, como desarrollo en elementos transversales, una construcción también de mampostería, a un lado de la casa y adosada a ella, destinada a ganado lanar o averío. Hay dos variantes en el terrado: el plano, que es el usual, y el de bóveda de arco rebajado, con eje paralelo a la fachada, construido también de *trespol* con tosquedad. En este último caso no existe *perxe* (lám. IV, fig. 2.<sup>a</sup>).

El interior de la casa elemental es muy parco de elementos; a un lado, la cuadra, delimitada del resto de la casa por un pesebre o *minjadora* de mampuesto. Dos altillos, uno a cada lado, sostenidos por vigas de madera empotradas en las paredes delantera y trasera; uno, el de encima de la cuadra, es la *palissa*, y servía de pajar y dormitorio; el otro constituye a veces la cocina con chimenea en un rincón o servía de alcoba. A estos altillos se llega por una escalera de fábrica con peldaños estrechos y altos, y en el borde de la parte central tienen bajos muretes o antepechos para evitar caídas. Muchas veces la cocina se halla en el exterior, bajo el emparrado o a un lado, con horno rústico construido de cal y canto.

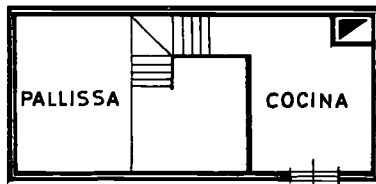
Elementos comunes a uno y otro subtipo son el pavimento y el emparrado. El piso del establo es de tierra apisonada (en el secano suele ser la roca viva); el resto está solado con losas planas de caliza, dejando anchos



ALZADO  
CORTE TRANSVERSAL



PLANTA



ALTILLOS

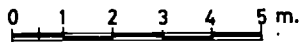


Fig. 2.—Plano de la casa de campo.

intersticios entre ellas. Modernamente ha irrumpido el piso de cemento y las baldosas.

Todas las casas tienen un emparrado (*parral*) en la fachada principal y una o dos higueras, árboles frondosos que dan sombra y frescura en verano. Los postes que sostienen la pérgola, como contruidos de mampuesto, son gruesos y de base cuadrada. Bajo el emparrado se hace la mayor parte de la vida doméstica; en invierno, desprovista la parra de pámpanos, porque da el sol, y en verano para protegerse de sus rayos y huir del interior



caldeado de la casa. También bajo el emparrado suele resguardarse el carro, y por eso, modernamente, muchos han sustituido el armazón de caña o madera por la chapa ondulada con piedras encima para que no se las lleve el viento. Junto al emparrado están las higueras, y un poco más allá un huerto de frutales, generalmente granados, melocotoneros, perales o manzanos. Cerca de la casa se halla también la noria o *sénia*, y junto a ella la *bassa* (alberca) y un lavadero (*safareig*).

Ornato humilde de las *casetas de camp* son las plantas de adorno, entre las que destaca por su número y la magnificencia de sus grandes campanas azules, abiertas en estío, la Ipomea azul (*Ipomoea rubrocoerulea grandiflora*).

Suelen estar las casas orientadas con la fachada principal mirando al mar. Ello se debe a que el terreno de regadío es un plano inclinado hacia la costa y cada noria riega el suelo que queda hacia abajo, lo que produce, por una parte, parcelas en franjas alargadas en el sentido de la pendiente, y, por otra, que las casas, junto a las norias, miren hacia los campos, y, por tanto, hacia el mar. En el secano esta orientación se explica porque, siendo favorable al soleamiento (miran hacia el ESE.), ofrecen más amplias y gratas perspectivas que hacia el interior montuoso.

*El problema del origen de la casa de terrado.*—Se ha aludido al principio a lo extraño de este enclave de casas de terrado en una pequeña región que va de Uldecona a Peñíscola y desde el mar hasta Traiguera y San Mateo, siendo particularmente abundante en el Llano de Vinaroz, Benicarló y, sobre todo, Peñíscola.

DEFFONTAINES descarta el parentesco con la casa de la región oeste de Almería y ve una relación con el tipo de casa ibicenca y la de Túnez, que puede ser indicio de antiguas relaciones con África, tal vez con Cartago (p. 205). En cuanto a Ibiza, TARRADELL ha mostrado (p. 250 ss.) el origen púnico de la casa popular y su independencia de la casa mora. Aunque el parecido con la casa de Peñíscola salta a la vista, hay diferencias notables, como la de que aquí el *trespol* no lleva las capas de carbón vegetal y de algas que se utilizan en la isla balear (BAESCHLIN).

Realmente, la casa con terrado no es un fenómeno tan aislado como para que se necesite buscar relaciones con puntos muy localizados; TORRES BALBÁS (pp. 464-5), después de notar que la cubierta plana es propia de países áridos, señala en España una faja costera discontinua, extendida por los llanos aluviales, que va desde Cádiz hasta la provincia de Alicante y sigue por algún pueblo marítimo de Castellón, Tarragona y Barcelona, quedando la Alpujarra como única región interior, donde, además, difícilmente se justifica el terrado dada la altitud y el clima; supone que en tiempos pasados tendría mayor extensión por el interior y que se ha ido sustituyendo por el tejado.

En efecto, VIOLANT (pp. 172-4) cree que la cubierta típica de antaño en la

zona meridional pallaresa y en algún pueblo limítrofe de Ribagorza (La Llevata) ha sido el terrado, que servía de era y que se distinguía de la almeriense por ser alta, de dos o tres pisos; termina indicando algunas de estas casas aún existentes. AINAUD DE LASARTE (pp. 535-544) aporta prueba documental de este tipo de casa en Ribes y Planoles (alto valle del Freser) en 1315 y 1787, respectivamente; en el primer caso se trata de un tipo corriente en la época aludida; en el segundo, está en regresión. A principios de este siglo aún había terrados hechos con tierra arcillosa de 35 a 40 centímetros de espesor, y todavía existen en alguna aldea muy aislada (Navá). Esto le lleva a suponer que fue un tipo de construcción generalizado en todo el Pirineo catalán y que el cambio de cubierta se produjo a partir del siglo XVI, en que la solución del problema social de los payeses de *remença* ocasionó una gran renovación de viviendas, coincidiendo con una fuerte inmigración de *mestres de cases* franceses a Cataluña.

Estas localizaciones (la de los Pirineos y la de La Alpujarra), tan sorprendentes para el que cree en una influencia puramente climática, hace pensar en una extensión mucho mayor del área, impresión que se refuerza al ver la persistencia de rastros de azotea en toda la costa mediterránea española. Probablemente las raíces estén en una casa mediterránea neolítica o eneolítica, no estrictamente africana. La Grecia arcaica conoció la casa de terraza, de construcción rectilínea y escasas aberturas (MARTÍN, p. 223), que aún se conservan en las islas griegas y en Sicilia, y probablemente su área cubrió gran parte de la costa mediterránea y no sólo la africana. El desenvolvimiento y entrecruzamiento de culturas iría introduciendo el tejado y de una manera paulatina desterrando el terrado a esas zonas discontinuas donde el retraso económico dificultó la renovación y las condiciones climáticas no la hicieron indispensable. Todavía en el siglo XVII, la cubierta preponderante en la ciudad de Valencia era el terrado (JOLY, p. 72), del que aún quedan huellas. El proceso de sustitución continúa, como se ve en la comarca estudiada aquí, donde el tejado va sustituyendo al terrado, especialmente en las zonas más desenvueltas económicamente, como son Vinaroz y Benicarló. De ser así resultaría ocioso hablar de relaciones con Africa y de influencias moriscas, a que tan aficionados son algunos de nuestros historiadores, y habría que ver en ese tipo de casa un elemento residual en zonas relativamente atrasadas y en vías de ser sustituidas.

*Seminario de Geografía.*

*Facultad de Filosofía y Letras de Valencia. 1967.*

## BIBLIOGRAFIA

- (1) AINAUD, Juan: "Casas con terrado en el Pirineo". *Pirineos. Rev. del Instituto de Estudios Pirenaicos*. Zaragoza, CSIC, 1952, núm. 25, pp. 535-544.
- (2) BAESCHLIN, Alfredo: *Ibiza*. Valencia, Vilanova, 1934. 64 pp., 50 ilustraciones.
- (3) DANTÍN CERECEDA, J., y TORMO, Elías: *Levante (Provincias valencianas y murcianas)*. Madrid, Calpe, 1923. CLXIV y 400 pp., 23 figs. y 7 encartes.
- (4) DEFFONTAINES, Pierre, y DURLIAT, Marcel: *La España del Este. Cataluña, Baleares, Valencia*. Trad. M.<sup>a</sup> Teresa Monguió. Barcelona, Juventud, 1958. 256 pp. y 128 láminas y un encarte.
- (5) DEMANGEON, Albert: *Problemas de Geografía humana*. Trad. Rocío de Terán. Barcelona, Omega, 1956. 232 pp.
- (6) HOYOS, Nieves: *La casa tradicional en España*. Madrid, Publicaciones españolas, 1952. 30 pp. y 4 láms.
- (7) HOYOS SÁINZ, Luis, y HOYOS SANCHO, Nieves: *Manual de folklore. La vida popular tradicional*. Madrid, Rev. de Occidente, 1947. 602 pp. y 22 láms.
- (8) JOLY, Bartolomé: *Viaje hecho por...* En GARCÍA MERCADAL, J.: *Viaje de extranjeros por España y Portugal*, t. II. Madrid, Aguilar, 1959, pp. 45-125.
- (9) LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: *Región valenciana*, en "Geografía de España y Portugal", dirigida por Manuel de Terán, t. IV, 2.<sup>o</sup> vol. Barcelona, Montaner y Simón, 1966, pp. 279-439.
- (10) MARTIN, Roland: *L'urbanisme dans la Grèce antique*. París, Picard, 1956. 304 pp., XXXII láms. y 64 figs.
- (11) *Ordenanzas municipales de Peñíscola*. Ms. en el archivo municipal de Peñíscola.
- (12) SANCHIS GUARNER, Manuel: *Els pobles valencians parlen els uns dels altres. I. Sector septentrional*. València, L'Estel, 1963. 176 pp.
- (13) TARRADELL, Miquel: *Història dels catalans*, dirigida por F. Soldevila, t. I. Barcelona, Ariel, 1961, 588 pp.
- (14) TERÁN, Manuel de: "Programa para el estudio del habitat rural". *Estudios geográficos*. Madrid, Instituto Elcano CSIC, 1947, núm. 27, pp. 418-426.
- (15) TORRES BALBÁS, Leopoldo: *La vivienda popular en España*, en "Folklore y costumbres de España", dirigida por F. Carreras y Candi, t. III. Barcelona, Alberto Martín, 1933, pp. 137-502.
- (16) TRICART, J.: *Cours de Géographie humaine. I. L'habitat rural*. París, Centre de Documentation Universitaire, 1947<sup>2</sup>, 176 pp., 91 figs.
- (17) VIOLANT Y SIMORRA, R.: *El Pirineo español*. Madrid, Plus Ultra, 1949, 676 pp.

